

III. La población de México en el siglo XXI

Rodolfo Tuiran*

Desde tiempos remotos, los seres humanos, deseosos de hallar elementos que les permitan oponerse a cualquier funesto designio, han querido saber qué les deparará el porvenir. Las imágenes sociales sobre el futuro son de viejo cuño y su alcance e impacto parecen no tener límite. Las personas de todas las épocas han encerrado en ellas muchos de sus temores, angustias y esperanzas, y en ocasiones hasta la quimera y la utopía. La historia demuestra de manera palpable que una fuerza poderosa, capaz de mover montañas y de poner en marcha profundas transformaciones, es la fe ciega que a menudo despiertan las profecías, las predicciones o las imágenes sociales sobre el porvenir.

Oscuras y sujetas a muy diversas interpretaciones, muchas de las profecías de origen bíblico vislumbraron un sin fin de calamidades y cataclismos destructores antes de dar paso al paraíso. Los versículos del Apocalipsis según San Juan, que anunciaban el fin de los tiempos al cabo de “mil años”, provocaron que el primer milenio fuera esperado con angustia en los países donde la Biblia era considerada un oráculo. El milenio, cifra simbólica que indica una larga duración sustraída del transcurrir normal del tiempo, ha inspirado una serie de creencias y movimientos milenaristas orientados hacia el deseo, la espera y la realización de una nueva era, a menudo ligada a la llegada de un salvador.

En el umbral del nuevo milenio, todavía nos pesa todo lo que nuestros antepasados pensaron sobre el porvenir de la humanidad. Tomás Doreste, en su libro *Ya viene el Apocalipsis*, identifica más de dos centenares de profecías de origen laico o teológico sobre el fin del mundo en el año 2000 que surgieron a partir de la Edad Media. Si se escarba en la conciencia de nuestros contemporáneos, encontraremos que muchas de sus imágenes del futuro están alimentadas por este tipo de temores.

Las profecías, las angustias milenaristas e incluso las visiones apocalípticas, en un proceso permanente de renovación, a menudo han tendido a mezclar historia, mitología, ciencia y reflexión para seguir promoviendo la idea de que la historia humana, acechada siempre por nuevos y viejos peligros, puede verse interrumpida abruptamente. El invierno nuclear, el cambio climático, los sismos y las erupciones volcánicas violentas, las sequías y pandemias, o la amenaza de meteoritos y asteroides de enorme tamaño constituyen sólo algunos ejemplos de los innumerables peligros invocados a menudo para advertirnos que la vida en el planeta está sujeta a un futuro incierto.

El rápido crecimiento de la población en el último siglo ha sido una de las fuentes preferidas de inspiración de estas visiones. En las décadas recientes hemos escuchado hablar con insistencia de la bomba de tiempo que representa la explosión demográfica en un mundo con recursos finitos. No

* Secretario General del Consejo Nacional de Población.

son pocos quienes predicen un triste futuro para la humanidad por esta causa. A diferencia de las visiones milenaristas y mesiánicas, muchas de estas imágenes de futuro raras veces nos remiten al fin de los tiempos o carecen de un vínculo con una historia de la salvación.

En un contexto marcado por la impresionante penetración de los Apocalipsis y los milenarismos de todo signo, es preciso recordar que en octubre del presente año, casualmente a escasos 80 días de arribar al nuevo milenio, el planeta alcanzará la marca de seis mil millones de habitantes, cuando a fines de los años cuarentas era ligeramente superior a dos mil millones. La División de Población de la ONU prevé para el año 2050 una población mundial de aproximadamente nueve mil millones de habitantes. Algunas de las interrogantes que siempre se plantean ante esta impresionante dinámica de crecimiento son, entre otras, las siguientes: ¿habrá suficientes recursos para satisfacer las necesidades de la población futura? ¿Podrán soportar los sistemas educativos y de salud este crecimiento? ¿Se podrán satisfacer las demandas y necesidades de la población sin dañar irreparablemente los ecosistemas?

La prospectiva de carácter demográfico, ambiental, económico y social aporta valiosos elementos para contribuir a brindar algunas respuestas a este tipo de preguntas. Su propósito central es prever o anticipar los diversos y complejos desafíos que encaramos y los peligros que nos acechan. En las reacciones sociales que despiertan las imágenes de futuro de los ejercicios de prospectiva parecería encontrarse un vínculo con una historia laica de la "salvación"

La prospectiva es un valioso insumo para la planeación y quizá la única manera de evaluar los costos y consecuencias de cursos alternativos de acción. Las proyecciones de población son, en esencia, ejercicios analíticos de creatividad e imaginación que tienen por objeto mirar hacia adelante, atisbar lo que podría traer el provenir ante un número limitado de cursos posibles de acción o formas de actuar.

Estos ejercicios, a diferencia de las profecías o de los afanes apocalípticos o milenaristas, no pretenden adivinar, predecir, profetizar, pronosticar o tratar de determinar cómo será nuestro futuro. Más bien, quienes los llevan a cabo están empeñados

en imaginar razonadamente, con base en el análisis cuidadoso de las tendencias demográficas y sus factores causales, cómo podría ser este futuro si ocurriesen una serie de condiciones.

Los ejercicios de prospectiva brindan elementos y recursos para enfrentar cualquier idea de inevitabilidad de nuestro destino demográfico. Con frecuencia, estos instrumentos contribuyen a detonar una compleja gama de respuestas sociales e institucionales dirigidas a evitar las trayectorias definidas como alarmantes o destructivas.

En este sentido, la aportación de los instrumentos de prospectiva demográfica en la historia reciente de México ha sido muy relevante. Basta recordar que las proyecciones elaboradas en los primeros años de los setenta indicaban que la población mexicana, que en ese entonces tenía un monto de casi 50 millones de habitantes y crecía a una tasa de 3.5 por ciento anual, podía alcanzar hasta 148 millones de habitantes para el entonces distante año 2000.

Afortunadamente este escenario no se hizo realidad, ya que hoy en día la población mexicana asciende a 98.1 millones y crece a una tasa de 1.8 por ciento. Sin embargo, la fuerza de las cifras previstas y los desafíos que sugerían estos ejercicios fueron decisivos para convencer a la opinión pública, a los políticos y a los legisladores sobre la necesidad impostergable de adoptar una nueva política de población encaminada a fijar límites a las tendencias demográficas.

Los últimos 25 años nos han enseñado que para aprovechar al máximo las bondades de los ejercicios de prospectiva demográfica, resulta imprescindible su actualización progresiva conforme surge nueva evidencia sobre los niveles y tendencias de los factores del cambio demográfico. La Secretaría General del Consejo Nacional de Población ha elaborado en fecha reciente el ejercicio de prospectiva demográfica más actualizado, del cual presentamos a continuación sus principales resultados. Este ejercicio, que denominamos programático, se apoya en los siguientes supuestos sobre la mortalidad, la fecundidad y la migración internacional.

Se prevé que la esperanza de vida de los mexicanos, que actualmente es de 75 años, aumentará a 78.1 años en 2010, a 81.8 años en 2030 y a 83.7 años en 2050.

Se adopta la premisa de que la evolución futura de la fecundidad, que hoy en día es de alrededor de 2.5 hijos promedio por mujer, seguirá la trayectoria marcada por las metas de corto y mediano plazos de la política de población, que establece un promedio de 2.4 hijos por mujer en el año 2000 y de 2.1 hijos en el 2005, para continuar descendiendo gradualmente en los años siguientes hasta alcanzar 1.68 hijos, gracias a la continua difusión de las prácticas de planificación familiar.

Por último, se asume que las tasas de migración externa desde y hacia el país permanecerán constantes a lo largo del horizonte de proyección.

Si se cumplen los supuestos adoptados, el país, que actualmente tiene una población de 98.1 millones de habitantes, arribará al nuevo milenio con un monto cercano a 100 millones de personas, alcanzará cerca de 112 millones en el año 2010, 129 millones en el 2030 y 131 millones en el 2050.

Dado que los ejercicios de prospectiva no pretenden alcanzar una precisión absoluta, sino una previsión razonable, es costumbre construir escenarios adicionales, basados en premisas alternativas sobre la evolución de los componentes del cambio demográfico, con el fin de estructurar una posible franja dentro de la cual pueda variar el tamaño de la población mexicana futura. Los resultados de estos ejercicios nos indican que si se posterga hasta el 2015 o hasta el 2025 la meta de alcanzar un nivel de fecundidad de 2.1 hijos promedio por mujer, que está prevista por la actual política de población para el año 2005, el monto de la población mexicana al final del horizonte de proyección se elevaría a 141 millones bajo la primera premisa y a poco más de 150 millones bajo la segunda.

Para tener una idea del significado de este crecimiento en el contexto de las tendencias demográficas de largo plazo, conviene recordar que en el último medio siglo la población mexicana multiplicó 3.5 veces su tamaño inicial. En contraste, se prevé que en los siguientes cincuenta años lo hará en alrededor de 32 por ciento, según la proyección programática, o bien en 42 y 51 por ciento, como se desprende de los dos escenarios alternativos. En cualquier caso y debido al tamaño alcanzado por la población mexicana, el país enfrentará el desafío de proporcionarle a sus habitantes empleo, vivienda, vestido, alimentación, educación y salud. Para

lograrlo, México deberá vencer profundas inercias asociadas con las desigualdades sociales y con las insuficiencias de nuestro desarrollo.

Durante el horizonte de proyección la población de México entrará de lleno y completará la última fase de la transición demográfica, encaminándose rápidamente a un crecimiento cada vez más reducido y a un perfil envejecido.

Tomando en cuenta únicamente el escenario programático, se prevé que la tasa de crecimiento natural (es decir, la diferencia entre la tasa de natalidad y la de mortalidad) declinará de 1.8 por ciento en la actualidad a 1.27 por ciento en 2010 y a 0.59 por ciento en 2030. Se anticipa que hacia el final del horizonte de proyección, por primera vez desde la culminación de la Revolución Mexicana, se iniciará un ciclo de crecimiento demográfico fluctuante a tasas ligeramente negativas o alrededor del crecimiento cero.

Los cambios en la fecundidad y la mortalidad implicarán profundas transformaciones en la distribución por edades de la población. De hecho, en ese periodo se acentuará el tránsito de un perfil demográfico "joven a otro más "entrado en años", lo que se traducirá en un incremento significativo de la edad media de la población, que pasará de casi 27 años en el 2000 a más de 45 años en el 2050.

En ese periodo, la participación de los menores de quince años en la población total disminuirá de 33 a 15 por ciento. En cambio, la población en edades laborales se incrementará sistemáticamente hasta el año 2030, pasando de 62 a 68 por ciento del total, y a partir de entonces su peso tenderá a disminuir hasta alcanzar 61 por ciento en el 2050. A su vez, la población del grupo de mayor edad aumentará de casi 5 por ciento en el 2000 a 25 por ciento en el 2050.

Las transformaciones en el tamaño y la estructura por edades de la población también dejarán sentir sus efectos en la formación de un amplio espectro de demandas y necesidades sociales que resulta necesario prever con antelación para hacer frente a los nuevos desafíos con oportunidad, equidad y eficiencia.

Por sólo citar algunos ejemplos, una demanda cada vez más intensa de educación se trasladará en las próximas décadas a los niveles medio superior y superior y será necesario ampliar la cobertura y calidad de estos servicios. Además, en los dos lustros siguientes continuarán ingresando al mer-

cado de trabajo alrededor de un millón de mexicanos a quienes habrá que brindar oportunidades de empleo suficientes y adecuadamente remuneradas. Asimismo, el envejecimiento demográfico, con los cambios asociados en las pautas de morbilidad y mortalidad previstas para el mediano y largo plazos, exigirá una cuantiosa reasignación de recursos y demandará profundas reformas en las estrategias, alcance, funcionamiento y organización del sector salud.

Como resultado de los cambios en la estructura por edades de la población mexicana, el índice o relación de dependencia, es decir la proporción que resulta de dividir el número de personas en las edades extremas (menos de 15 y mayores de 64 años) con las del grupo de edades intermedio (entre 15 y 64 años), continuará disminuyendo hasta el año 2030 y a partir de esta década empezará de nuevo a incrementarse. Por esta razón, el periodo comprendido entre el año 2000 y el 2030

ofrecerá al país lo que algunos autores han dado en llamar un bono demográfico y le abrirá una ventana de oportunidades, con consecuencias positivas en el ámbito del empleo, el ingreso, el ahorro y la inversión.

Como se podrá advertir, la prospectiva demográfica aporta valiosas herramientas para la planeación del desarrollo económico y social. El mensaje principal que subyace a estos ejercicios es simple: si conocemos las eventuales consecuencias negativas o "perversas" que pueden desencadenar nuestras prácticas y comportamientos, quizá estemos a tiempo de transformarlas y de evitar cursos indeseables de acción. Podemos concluir diciendo que escribir la historia del futuro está todavía en nuestras manos. En el hoy y en el aquí nos puede ayudar la certeza de que la construcción del futuro depende ineludiblemente de lo que podamos hacer en cada momento de nuestro presente.